

Stefan Zweig

La curación por el espíritu

(Mesmer, Mary Baker-Eddy, Freud)

TRADUCCIÓN DE J. FONTCUBERTA



En un principio, los hombres atribuían la enfermedad a la influencia de los dioses y recurrían a la ayuda de los sacerdotes para una buena sanación. Con el tiempo descubrieron el poder curativo de las plantas y aprendieron a sacar de ellas ungüentos y brebajes. Sin embargo, ante las enfermedades del espíritu, el hombre estuvo desamparado hasta bien entrado el siglo XVIII, cuando aún era incapaz de establecer las causas y los motivos de las enfermedades de la mente. En *La curación por el espíritu*, publicado en 1931, Stefan Zweig expone de un modo claro y preciso el pensamiento y la evolución de tres personalidades que desarrollaron un método de curación psíquica: Franz Anton Mesmer, que lo hizo por la vía de la sugestión y el refuerzo de la voluntad de sanar; Mary Baker-Eddy, que recurrió al éxtasis de la fe (la Christian Science); y Sigmund Freud, quien, reivindicando el conocimiento del Yo y buscando el origen de toda enfermedad en los conflictos psíquicos inconscientes, fundaría el psicoanálisis y se convertiría así en un personaje de gran influencia.

*A Albert Einstein,
con admiración y respeto*

INTRODUCCIÓN

Cada desastre de la naturaleza es el recuerdo de una patria superior.

NOVALIS

La salud es el estado natural del hombre; la enfermedad, el antinatural. El cuerpo acoge la salud como algo normal, de la misma forma que los pulmones reciben el aire y los ojos la luz; vive y crece en silencio como uno más de los sentimientos generales de la vida. La enfermedad, en cambio, irrumpe de pronto como algo extraño, desde no se sabe dónde acomete el alma asustada y suscita en ella un sinfín de preguntas. Porque, puesto que este malvado enemigo viene de otra parte, ¿quién lo ha mandado? ¿Se quedará? ¿Se retirará? ¿Se lo puede conjurar, pedirle que se vaya o dominarlo? Con fuertes garras la enfermedad arranca al corazón los sentimientos más opuestos: miedo, fe, esperanza, desánimo, maldiciones, humildad y desesperación. Enseña al enfermo a preguntar, pensar y rezar, a levantar hacia el vacío su mirada despavorida para inventarse un ser al que ofrecer su angustia. Ha sido sobre todo el sufrimiento lo que ha inspirado a la humanidad el sentimiento religioso, la idea de un dios.

Al ser la salud algo naturalmente inherente al hombre, no se explica ni quiere ser explicada. En cambio, todo hom-

bre atormentado por la enfermedad le busca siempre un sentido. La humanidad nunca se ha atrevido a pensar hasta el final la idea de que la enfermedad la acometa absurdamente, de que el cuerpo inocente arda repentinamente en fiebre sin razón ni motivo y cuchillos candentes y dolorosos hurguen hasta el fondo de las entrañas, esa idea monstruosa del absurdo absoluto que basta ya por sí sola para aniquilar el orden moral del universo. La enfermedad se le aparece siempre como enviada por alguien y ese alguien incomprendible que se la manda ha de tener, según ella, un motivo para afligirla precisamente en su cuerpo terrenal. Alguien debe de estar enojado con el hombre, guardarle rencor, odiarlo. Alguien quiere castigarlo por alguna culpa, algún delito, alguna ley infringida. Y este alguien sólo puede ser el mismo que todo lo puede, el mismo que lanza los rayos del cielo, que derrama heladas y ardores sobre los campos y enciende y apaga las estrellas. *Él*, que tiene todo el poder, el Omnipotente: Dios. Por esto, desde el primer momento la enfermedad va indisolublemente ligada al sentimiento religioso.

Los dioses envían la enfermedad y sólo los dioses pueden alejarla: esta idea aparece inamovible en el inicio de toda medicina. Completamente ignorante todavía de su saber, desvalido, pobre, solo y débil, desde los tiempos primitivos el hombre se consume en la hoguera de sus achaques y no conoce otro recurso que elevar su alma entre gritos al dios mago para que le libere de ellos. El único remedio que conoce el hombre primitivo es el grito, la oración, el sacrificio. No se puede volver contra *Él*, el Superpoderoso, el Invencible en la oscuridad: de modo que tiene que humillarse, pedir su perdón, suplicarle, rogarle que aleje de su carne el ardiente dolor, pero, ¿cómo llegar a él, el Invisible? ¿Cómo hablarle, cuando no se conoce su morada? ¿Cómo darle muestras de arrepentimiento, de sumisión, de propósito de enmienda y voluntad de sacrificio, muestras que para *Él* sean comprensibles? El pobre corazón de la hu-

manidad primitiva, obtuso y torpe, no lo sabe; Dios no se manifiesta al ignorante, no se inclina hacia él en su vulgar tarea cotidiana, no se digna responderle, no le presta oídos. De modo que el hombre, desconcertado e impotente en su tribulación, tiene que buscarse a otro hombre que haga las veces de mediador entre él y Dios, un hombre sabio y experimentado, que conozca fórmulas y sortilegios para aplacar las fuerzas oscuras, calmar su ira. Y este mediador, en la época de las culturas primitivas, no es sino el sacerdote.

Así pues, la lucha por la salud en los tiempos primitivos de la humanidad no significa una lucha contra la enfermedad, sino una pugna por tener a Dios de su lado. Toda medicina de la Tierra empieza como teología, como culto, ritual y magia, como reacción del espíritu ante la prueba enviada por Dios. Al sufrimiento corporal no se le opone una asistencia técnica, sino un acto religioso. No se investiga la enfermedad, sino que se busca a Dios. No se tratan sus manifestaciones dolorosas, sino que se intenta eliminarla a fuerza de plegarias y expiaciones, redimirla ofreciendo a Dios promesas, sacrificios y ceremonias, pues sólo puede irse tal como vino, por medios sobrenaturales. Y así una plena unidad del sentimiento se opone a la unidad del fenómeno. Sólo hay una salud y una enfermedad y para ésta última, a su vez, una sola causa y una única curación: Dios. Y entre Dios y el sufrimiento sólo existe un mediador: el sacerdote, guardián a la vez del cuerpo y del alma. El mundo no está roto todavía, no está dividido, fe y ciencia forman aún una única instancia en el recinto sagrado del templo: no se puede procurar el consuelo de los males sin la contribución simultánea de las fuerzas espirituales, sin ritos, conjuros y oraciones. Por esta razón, los sacerdotes, concededores de los misteriosos cursos de los astros, escudriñadores e intérpretes de los sueños, señores de los demonios, ejercen el arte de la medicina no como ciencia práctica, sino exclusivamente como secreto. Arte que no puede

aprenderse, transmitido sólo a los elegidos, que pasa de generación en generación. Aunque por experiencia saben muchas cosas de medicina, los sacerdotes nunca dan un mero consejo práctico; postulan toda curación como un milagro y reclaman, por lo tanto, lugares sagrados, la elevación del espíritu y la presencia de los dioses. Sólo bendecido y purificado de cuerpo y alma puede el enfermo recibir la fórmula de la curación: los peregrinos que se dirigen al templo de Epidauro por arduos y largos caminos, deben pasar la víspera en oración, bañar el cuerpo, sacrificar un animal e informar al sacerdote de los sueños de la noche para que los interprete: sólo entonces les dará la bendición sacerdotal y les suministrará a la vez la ayuda médica para su restablecimiento. Pero siempre, como primer e indispensable requisito de toda curación, el alma tiene que acercarse a Dios mediante la fe; quien busca el milagro, tiene que prepararse para lo milagroso. En su origen, la ciencia médica es indisoluble de la ciencia divina, medicina y teología son en un principio un solo cuerpo y una sola alma.

Esta unidad del principio se rompe pronto, porque para llegar a ser independiente y asumir su función de mediadora entre la enfermedad y el enfermo, la ciencia tiene que despojar la enfermedad de su origen divino y excluir el enfoque religioso —sacrificio, culto, oración— como algo completamente superfluo. El médico se coloca al lado del sacerdote y pronto frente a él —la tragedia de Empédocles—, excluye el sufrimiento de la esfera sobrenatural y le devuelve al mundo de los fenómenos naturales, para tratar a la vez de eliminar los trastornos internos con los medios de este mundo, con los elementos de la naturaleza exterior: hierbas, jugos y minerales. El sacerdote se limita al servicio divino y rechaza la curación de los enfermos; el médico renuncia a cualquier actuación espiritual, al culto y a la magia: en lo sucesivo estas dos corrientes se separarán y seguirán cada una su propio curso. Con esta gran ruptura de la unidad primitiva, todos los elementos de la ciencia médica ad-

quieren de inmediato un sentido completamente nuevo y confieren un color distinto a las cosas. Ante todo, ese fenómeno anímico general llamado «enfermedad» se desintegra en innumerables enfermedades particulares, perfectamente clasificadas. Y con ello su existencia queda desligada en cierto modo de la personalidad anímica del hombre. Enfermedad ya no significa algo que afecta al hombre entero, sino sólo a uno de sus órganos. (Virchow en el Congreso de Roma: «No existen enfermedades en general, sino únicamente enfermedades de los órganos y de las células.») Y así, la primitiva misión del médico se va transformando de modo natural, obligándole a enfrentarse a la enfermedad como un todo, a aceptar un cometido más limitado, el de localizar las causas de cada dolencia y asignarlas sistemáticamente a grupos de enfermedades clasificados y descritos anteriormente. Tan pronto como el médico reconoce la afección correctamente diagnosticada y le pone nombre, en realidad suele terminar aquí su misión propiamente dicha y entonces el tratamiento se aplica por sí mismo con la terapia prescrita para este «caso». Totalmente separada de la religión y de la magia, sobre la base de un sólido conocimiento científico, la medicina moderna ya no trabaja con intuiciones individuales, sino con realidades objetivas, y aún cuando agrade describirla poéticamente como «arte médico», hay que tomar esta noble palabra sólo en el sentido amplio de artesanía. Pues hace tiempo que la medicina no exige de sus discípulos un elitismo propio de sacerdotes, como antes, ni misteriosas fuerzas visionarias, ni una total armonía con las fuerzas universales de la naturaleza; ahora la vocación se ha convertido en profesión, la magia en sistema, la curación oculta en farmacología y ciencia de los órganos. La curación ya no se lleva a cabo como un acto anímico, como un acontecimiento milagroso, sino como un puro y casi calculado tratamiento por parte del médico; el estudio sustituye a la espontaneidad, el manual al Logos, al misterioso conjuro creador del sacerdote. Donde los anti-

guos métodos curativos exigían una suprema tensión anímica, los nuevos métodos de diagnosis clínica postulan del médico lo contrario, esto es, un espíritu claro y sangre fría, una absoluta objetividad y un ánimo sereno.

Esta objetivación y profesionalización inevitables del proceso curativo alcanzarían un apogeo todavía más extremado en el siglo XIX, pues entre la persona en tratamiento y el médico se interpuso un tercer elemento, un ser completamente inanimado: el aparato. La mirada del médico nato, penetrante, que reúne los síntomas para formular el diagnóstico, se hace cada vez más superflua: el microscopio le descubre el germen bacteriológico, el manómetro comprueba las pulsaciones y el ritmo de la sangre, la radiografía le ahorra la visión intuitiva. Cada día más el laboratorio suple al médico en el diagnóstico, aquello que en su profesión era todavía un reconocimiento de su personalidad; en cuanto al tratamiento, lo sustituye ya la fábrica de productos químicos, que dosifica y prepara en cápsulas el fármaco que el *medicus* medieval tenía, según cada caso, que mezclar, medir y calcular con sus propias manos. La superioridad de la técnica, que en medicina se abre paso más tarde que en todos los demás campos, pero que al fin se afirma victoriosa, objetiva el proceso de curación en un esquema (magníficamente matizado y clasificado): la enfermedad, en otro tiempo irrupción de lo extraordinario en el mundo personal, se va convirtiendo precisamente en lo contrario de lo que había sido para la humanidad en sus orígenes, es decir, la mayoría de las veces en un caso «corriente», «típico», que tiene una duración calculada de antemano y un curso mecanizado, en un ejemplo racionalmente resoluble. A esta racionalización de dentro a fuera contribuye como eficaz complemento la organización externa; en las clínicas, esos formidables almacenes de miseria humana, las enfermedades son clasificadas en secciones especializadas, con sus gerentes, exactamente igual que en cualquier establecimiento comercial. También los médicos están agrupados:

manuales ambulantes que van corriendo de cama en cama para examinar los «casos» particulares, buscando siempre y únicamente el órgano enfermo, la mayoría de las veces sin tiempo para echar una ojeada al rostro de la persona que lleva en sí la semilla de la dolencia. Las mastodónticas organizaciones de seguros médicos y de ambulatorios contribuyen lo suyo a esta desespiritualización y despersonalización: surge una frenética actividad de masas en la que no hay tiempo para que prenda ni la más diminuta chispa de contacto entre médico y paciente, en la que resulta siempre imposible, ni con la mejor voluntad, avivar siquiera una llamarada de aquella misteriosa fuerza magnética que existe entre alma y alma. En cambio, el médico de cabecera se extingue como un fósil, como un ser antediluviano; éste era el único que reconocía todavía al hombre en el enfermo, no sólo su estado físico, su constitución y sus cambios, sino también su familia y con ella muchas de sus limitaciones biológicas: él, el último en el que aún había algo de la antigua dualidad de sacerdote y de terapeuta. Pero los tiempos lo arrojan fuera de la cadena de montaje. Él contradice la ley de la especialización, de la sistematización, como el coche de caballos está en pugna con el automóvil. Por ser demasiado humano, no se acomoda al avanzado mecanismo de la medicina.

Contra esta despersonalización y absoluta desespiritualización de la medicina se ha defendido desde siempre la inmensa masa del pueblo propiamente dicho, ignorante, pero que, sin embargo, posee una gran intuición. Igual que hace miles de años, el hombre primitivo de hoy, todavía no «cultivado», sigue mirando respetuoso la enfermedad como algo sobrenatural, sigue contraponiéndole el acto espiritual de la esperanza, el temor, la oración y el voto, su primer pensamiento vinculado a ella sigue siendo Dios, no la infección o la arteriosclerosis. Ningún manual, ningún profesor le podrán convencer jamás de que la enfermedad sobreviene de manera «natural» y, por lo tanto, de modo

completamente fortuito e inocente, y por esta razón desconfía de antemano de toda práctica médica que prometa eliminar la enfermedad por medios sobrios, técnicos y fríos, es decir, sin alma. El rechazo por parte del pueblo del doctor médico universitario nace en el fondo del anhelo —un instinto común heredado— de un «médico natural», vinculado al universo, hermanado con los animales y las plantas, experto en misterios, convertido en médico y autoridad por instinto, no por una licenciatura; el pueblo sigue queriendo, en lugar del experto que posee una ciencia de las enfermedades, al «hombre de la medicina», que tiene poder sobre la enfermedad. Por más que desde hace tiempo la brujería y la demonomanía se hayan volatilizado con la luz eléctrica, la fe en estos hombres milagreros y hechiceros ha permanecido mucho más viva de lo que se suele admitir públicamente. Y el mismo respeto estremecido que sentimos por el genio, por el hombre incomprensiblemente creador que hay en un Beethoven, un Balzac o un Van Gogh, todavía hoy lo concentra el pueblo en aquel en el que cree descubrir poderes curativos superiores a los normales: sigue prefiriendo como mediador, en lugar del frío instrumento, al hombre vivo y de sangre caliente, del cual «emana el poder». La herbolaria, el ovejero, el exorcista y el hipnotizador, precisamente porque practican su poder curativo no como ciencia, sino como arte y además como nigromancia prohibida, despiertan en el mundo rural más confianza que el médico municipal con título y derecho a pensión. A medida que la medicina se vuelve más técnica, racional y especializada, con más vehemencia se vuelve contra ella el instinto de la amplia masa: recóndita y subterránea sigue fluyendo por el alma profunda del pueblo desde hace años esta corriente contra la medicina académica, a pesar de la instrucción escolar.

La ciencia nota esta resistencia desde hace mucho tiempo y la combate, pero en vano. No ha servido de nada que se aliara con el poder del Estado y forzara incluso una ley

contra los curanderos y naturistas: los movimientos que en lo más hondo son religiosos nunca se dejan sofocar del todo por artículos legales. Como en tiempos medievales, siguen hoy ejerciendo a la sombra de la ley innumerables curanderos sin título, por lo tanto ilegítimos en el sentido oficial, y no cesan las escaramuzas, la guerra de guerrillas, entre prácticas naturistas, curaciones milagrosas y la terapéutica científica. Pero los auténticos y más peligrosos adversarios de la ciencia académica no provienen de las casas de labriegos ni de los campamentos gitanos, sino de sus propias filas; así como la Revolución Francesa y cualquiera otra no tomó a sus caudillos del pueblo, sino que el poder de la nobleza fue zarandeado por los nobles que tomaban partido contra su propia clase; así también en la gran revuelta contra la extremada especialización de la medicina académica han sido siempre médicos aislados e independientes los que han llevado la voz cantante. El primero que lucha contra la desespiritualización, en contra de desvelar la curación milagrosa, es Paracelso. Con el mazo de su rudeza campesina arremete contra los «doctores» y culpa a su arrogante saber libresco de querer descomponer el microcosmos del hombre como un reloj artificial y volverlo a montar. Combate la altanería, el dogmatismo autoritario de una ciencia que ha perdido toda relación con la sublime magia de la *natura naturans*, que no tiene idea ni respeto por las fuerzas elementales e ignora la corriente que emana tanto del alma individual como de la universal. Y por más dudosas que puedan parecer hoy sus recetas, la influencia espiritual de este hombre sigue aumentando, por decirlo así, bajo la piel del tiempo y desemboca luego, a principios del siglo XIX, en la llamada medicina «romántica», que, paralelamente al movimiento filosófico y poético, aspira de nuevo a una superior unión entre cuerpo y alma. Con su fe ciega en el alma universal de la naturaleza, defiende el convencimiento de que ella es la más sabia doctora y no necesita del hombre sino como ayudante, a lo sumo. Así como la

sangre, sin haber sido aleccionada por ningún químico, se crea ella misma antitoxinas contra cualquier veneno, también el organismo, que se sustenta y transforma a sí mismo, sabe las más de las veces poner fin él solo a la enfermedad. Por eso, la misión principal de toda medicina humana debería ser la de no cruzarse obstinadamente en el camino de la naturaleza, sino fortalecer la voluntad de curación, latente en el interior del hombre, en todos los casos de enfermedad. Este impulso se puede dar por medios psíquicos, espirituales o religiosos a menudo con tanta eficacia como con simples aparatos y recursos químicos; el resultado propiamente dicho se produce siempre y sólo desde dentro, no desde fuera. La naturaleza misma es el «médico interior» que todos llevamos dentro desde el momento de nacer y que por esta razón sabe más de enfermedades que el especialista, el cual examina los síntomas sólo desde fuera: la enfermedad, el organismo y el problema de la curación son vistos de nuevo como una unidad, esta vez por la medicina romántica. De esta idea primigenia de la autodefensa del organismo contra la enfermedad parte en el siglo XIX toda una serie de sistemas. Mesmer fundamenta su teoría del magnetismo en la «voluntad de sanar» del hombre; Mary Baker-Eddy de la *Christian Science*, en la fuerza productiva de la fe, y así como estos dos maestros utilizan la fuerza interior de la naturaleza, los otros aplican las exteriores: los homeópatas, las materias puras; Kneipp y los demás defensores de la medicina natural, los elementos regeneradores, agua, sol y luz, pero todos renuncian unánimemente a la medicación química, a los aparatos y, con ello, a las últimas conquistas de la ciencia moderna. La réplica común de todas estas medicinas naturalistas, curas milagrosas y «curaciones por el espíritu» contra la patología local académica, se puede sintetizar en una fórmula escueta: la medicina científica trata al enfermo y a su enfermedad como *objeto* y le asigna un papel casi despectivo de *pasividad*; el paciente no tiene nada que decir ni que preguntar, nada que hacer

salvo seguir obediente y mecánicamente las órdenes del médico y apartarse lo más posible del tratamiento. La clave está en la palabra «tratamiento», pues, mientras en la medicina científica el enfermo es *tratado* como objeto, la curación por el espíritu le exige ante todo que él mismo se *trate* anímicamente, que, como *sujeto*, como agente y ejecutor principal de la cura, desarrolle la máxima *actividad* posible contra la enfermedad. En este llamamiento al enfermo a animarse, a concentrar toda su voluntad y oponer la totalidad de su ser a la totalidad de la dolencia, consiste el auténtico y único medicamento de todas las curas psíquicas, y la mayoría de las veces la intervención del maestro se limita a pronunciar las palabras. Pero quien conoce los prodigios de que es capaz el logos, la palabra creadora, ese movimiento mágico de los labios en el vacío, que ha erigido y destruido incontables mundos, no se asombrará de que también en el arte médico, como en todas las demás esferas, innumerables veces se produzcan verdaderos milagros con la sola palabra, de que una simple palabra de aliento o una mirada, esos mensajes de una personalidad a otra, restablezca a veces la salud a órganos completamente quebrantados sólo a través del espíritu. Aunque asombrosas, estas curaciones no son milagros ni casos excepcionales, sino que reflejan una ley, para nosotros todavía misteriosa, de las relaciones superiores entre cuerpo y alma, que quizá en tiempos venideros se podrá definir con más precisión; baste para nuestra época que se haya dejado de negar la posibilidad de curación por medios puramente anímicos y se haya tributado un cierto respeto cohibido a fenómenos que no se pueden atribuir a la mera ciencia.

Estas defecciones de algunos médicos que se alejan de la medicina académica forman parte, a mi juicio, de los episodios más interesantes de la historia de la cultura, pues dentro de la historia de los grandes logros de la humanidad, y en particular la del espíritu, no hay nada que se le pueda comparar en fuerza dramática a un individuo débil y

aislado rebelándose solo contra una organización colosal que abraza el mundo entero. Ya sea Espartaco, el esclavo apaleado, contra las legiones y cohortes del Imperio Romano, ya el pobre Pugachov contra la gigantesca Rusia, ya Lutero, el monje agustino de frente ancha, contra la todopoderosa *fides catolica*, siempre que un hombre no ha empleado otra cosa sino la fuerza de su fe interior contra todas las potencias aliadas del mundo y se lanza a un combate que parece insensato por su total falta de probabilidades de éxito, precisamente entonces se manifiesta toda la tensión creadora de su espíritu y saca fuerzas inconmensurables de la nada. Cada uno de nuestros grandes fanáticos de la «curación por el espíritu» ha reunido a su alrededor a centenares de miles, cada uno con sus actos y sus curaciones ha despertado y conmovido la conciencia de la época, de cada uno de ellos han emanado fuertes corrientes en el campo de la ciencia. Es fantástico imaginarse la situación: en unos tiempos en los que la medicina lleva a cabo verdaderos prodigios gracias a un fabuloso desarrollo de la técnica, en los que ha aprendido a dividir, observar, fotografiar, medir, modificar y transformar los más diminutos átomos y moléculas, en los que todas las demás ciencias exactas de la Naturaleza siguen con éxito sus pasos y la materia orgánica ha dejado de ser un misterio, precisamente en este momento toda una serie de investigadores independientes pone de manifiesto la superfluidad de todo ese aparato en muchos casos. Exponen abierta e irrefutablemente que hoy como antes se pueden lograr curaciones simplemente con las manos, a través del espíritu, precisamente en los casos en los que antes de ellos había fracasado la grandiosa maquinaria de precisión de la medicina académica. Visto desde fuera, su sistema es incomprensible, casi ridículo por su falta de vistosidad; médico y paciente, sentados frente a frente, parece que simplemente charlan como amigos. No hay radiografías, ni instrumentos de medición, ni corrientes eléctricas, ni lámparas de cuarzo, ni siquiera un termóme-